

bre todo al celo ardiente, á la infatigable actividad, á los doctos y valientes razonamientos de Fr. Bartolomé de Las Casas, fueron aquellas famosas leyes que por fin establecieron de un modo permanente la libertad de los indios, y cuya ejecucion se encomendó al visitador Tello de Sandoval. Como de ellas se sacaron muchos traslados, que se remitieron á los regulares para que las explicasen á los indios, luego que éstos entendieron su contenido, llenos de júbilo celebraron con bailes y cantares festivos el fausto acontecimiento. Su gratitud los obligó á repetir por muchos años con gusto el nombre de su protector Las Casas; y Remesal atestigua que aun por 1616, hallándose en las Almoloayas, oyó á los mixtecas cantar en su idioma: "El obispo trajo las leyes, démosle gracias por ello, etc." ¹

Con ocasion de hacer cumplir estas leyes, y prévia convocatoria que hizo el Sr. Tello Sandoval, se reunió otra vez el obispo de Oaxaca con los demás de la Nueva España, los prelados regulares y muchas personas principales, el año de 1546. Las Casas habia sido detenido en el camino por mandato del virey, que lo era D. Antonio de Mendoza, por causa de la alteracion que produjo en México la sola noticia de su próxima llegada. Despues de algunos dias, sosegados los ánimos de los encomenderos y no temiéndose ya desórdenes, pudo entrar en la capital y tomar parte en las conferencias. El virey le mandó cumplimentar por su bienvenida; mas el intransigente prelado contestó; que no podía pasar personalmente á mostrar su agradecimiento al virey, porque así él como toda la Audiencia estaban excomulgados, por haber mandado cortar por sentencia la mano de un clérigo de Oaxaca.

Los obispos discutian con el más vivo interes el modo de salvar de la esclavitud á los miserables indios, cuando nuevos desasosiegos de los encomenderos obligaron

¹ Remesal, lib. 4, c. 13, núm. 1.

al virey, que temia una rebelion formal, á prohibir que se tratara tan peligroso punto. Las Casas clamó contra los que atacaban la ley de Dios y hacian enmudecer á los pastores y obtuvo la libertad de hablar sobre el mismo asunto, aunque no con los demás obispos, porque decian los encomenderos que siendo defensores de los indios no podian dejar de estar determinados en su favor. Azarosa condicion es en verdad esta de los prelados del catolicismo de haber de luchar constantemente contra el desolador torrente de los vicios y errores de su siglo. ¹

Estos viajes del Sr. Zárate y su solicitud pastoral no lo pusieron á salvo de la maledicencia de que fué perseguido constantemente; pero su memoria no quedó manchada y su nombre ha pasado limpio á la posteridad. Para su recreo, fundó una estancia de ovejas hácia el sur de Tlalistac, y por el norte del mismo pueblo unos buenos molinos que duran en la actualidad y en que pasaba algunas temporadas: á su muerte, haciendo escrúpulo de disponer á su placer y en favor de sus parientes, que los tenia muy cercanos, ² de esas fincas, por el sudor que habian derramado en sus labores los indios, declaró á éstos por sus herederos, quienes en efecto las poseyeron un siglo, enajenándolas al fin. El pueblo mismo de Tlalistac fué cedido por el obispo al que fuese prior del convento de dominicos de la ciudad, el cual, para la administracion espiritual, enviaba en su lugar un religioso de su Orden: así fué servido este pueblo durante todo ese siglo.

7.—Por este tiempo, ó poco ántes, tuvieron lugar dos acontecimientos de poca trascendencia, pero que se pueden

¹ Alaman, disertacion 7, pág. 151. Cavo, lib. 3, núms. 33 y 34. Rem., l. 7, c. 16.

² Tenia algunas sobrinas, de las cuales una casó con D. Cristóbal Ramirez de Aguilar, tronco de la familia de este nombre en Oaxaca, y dos sobrinos que abrazaron la carrera de la Iglesia.

considerar como la última muestra que dieron los caciques de su grandeza pasada. El uno es el matrimonio que celebró en Tlacoahuaya el hijo de Cosijoesa, heredero de la corona real de Zachila y hermano del rey de Tehuantepec, con una india de la principal nobleza. Las fiestas fueron espléndidas y la concurrencia inmensa, tanto de españoles como de los antiguos señores del país; mas habiendo surgido algunas diferencias entre los convidados, apelaron todos á las armas y murieron muchos, aun españoles, entre todos el jóven marido, que á los tres días de sus bodas fué sepultado con pompa y asistencia de los mismos que habian sido convidados á las fiestas del matrimonio. Tlacoahuaya fué la encomienda de un español que debería poseerla él y sus sucesores por cinco vidas, quedando al fin incorporado el pueblo en la corona real.¹

El otro es el enlace nupcial de la última heredera de los caciques de Nochixtlan. Llamábase Doña Cecilia de Velasco, y era tan bella y discreta en su persona como magnífica en sus liberalidades: sus cualidades, dice Burgoa, la hacian digna de un trono y sus tesoros correspondian á la nobleza de sus antepasados. Un encomendero pretendió su mano; pero ella se unió á otro cacique, siendo las fiestas del matrimonio notables por el concurso de convidados. Nunca mudó de trage; pero el que usaba era tan costoso que solo los reyes pudieran competir en lujo con la cacica. Vivió rodeada de los respetos de sus súbditos, que en su obsequio disponian frecuentes partidas de caza al uso antiguo. Murió sin sucesion y sus bienes quedaron al convento que edificaban los religiosos en Nochistlan.

8.—En toda la mixteca habia progresado considerablemente el cristianismo, lo que se debía al natural dócil de los indios, tanto como al celo infatigable de los excelentes

¹ Burgoa, 2^a par. cap. 51.

predicadores que la Providencia les habia deparado. Al célebre Lucero acompañó y sucedió en las fatigas del apostolado el no ménos admirable Fr. Benito Fernandez. Se ignoran la patria y los padres de este religioso, teniéndose solo noticia de que su primera educacion fué cristiana y esmerada; que á los doce años emprendió el estudio del idioma de Ciceron, continuando despues con aprovechamiento los de filosofía y teología, y que á los diez y siete recibió el hábito de los predicadores en San Estéban de Salamanca. Solicitado por Fr. Vicente de las Casas, renunció los honores de las prelaturas y la gloria de las letras y marchó á México. A esa sazón, el Sr. obispo Zárate pedía urgentemente misioneros para Oaxaca, y Fr. Benito fué señalado entre los compañeros de Lucero.

Fué siempre un perfecto religioso. No tenia más deseo ni otra aspiracion que la de conquistar almas para Jesucristo. Su hábito era un saco estrecho y corto, áspero y roto, vestido sobre los cilicios que día y noche le ceñian el cuerpo; su calzado de pita le servia solamente en poblado por la honestidad, despojándose de él y caminando en sus frecuentes viajes con los piés desnudos, sin cuidarse de los guijarros ni de las espinas. Su comida eran las tortillas que le ofrecian espontáneamente, pues jamás pedía cosa alguna. Pasaba la noche allí en donde le sorprendia, reclinándose al pié de un árbol ó al pobre abrigo de algun peñasco: aun despues de fabricados conventos en la mixteca, no se vió mas cama en la celda de Fernandez que la desnuda tabla en que dormia cubierto con su capa en lugar de sábana. Las únicas alhajas que apreció y conservó toda la vida fueron la Biblia y sus breviarios: jamás tocó moneda de plata ó de oro, y si alguna vez se la ofrecieron de limosna, la remitió al compañero ó á otra persona que pudiera con ella comprar lo necesario.

De condicion era mansísimo, naturalmente dócil y blando, acomodándose con suma facilidad á la flema del indio

y á la torpeza natural con que practicaba aquello de que no tenia costumbre. Por lo regular tenia los ojos bajos, sus pasos eran medidos y su porte modesto, tímido y receloso de sí mismo, nunca con mujer habló á solas. Cuidó mucho del aseo y limpieza de los templos, y celebraba la misa con tal ternura, que movia los afectos de los concurrentes. Prevenia flores y perfumes para honrar al divino Sacramento por donde quiera que hubiese de llevarlo. Tan ocupado tenia el corazon por afectos celestes, que al viajar iba juntamente cantando poesías que él mismo componia para expresar sus sentimientos y desahogar el fuego que lo devoraba. Su pensamiento dominante era el de convertir almas, por una sola de las cuales diera la vuelta al mundo y derramara sin pesar toda su sangre. Claro está que el miedo era el menor obstáculo que pudiera embarazar su ministerio.

9.—En Tlaxiaco habia puesto el Sr. Zárate uno de sus clérigos de párroco; mas ignorando el idioma y siendo crecido el número de feligreses, pues solo la cabecera tenia entónces cuatro mil casados, ¹ todos aún infieles, el sacerdote pidió ser sustituido en el encargo de doctrinarlos, para lo que se juzgó insuficiente. Lucero recorria entónces la mixteca y fué asignado al pueblo de Tlaxiaco, en donde murió, como se ha dicho. Fernandez lo acompañó hasta el último suspiro. Administró despues Achiutla, á donde fué llevado á la muerte de un sacerdote anciano del clero secular. Al entrar allí el religioso, poseedor ya con perfeccion del idioma mixteco, soltó la lengua combatiendo con energía los errores y supersticiones de los idólatras. La elocuencia varonil del fraile los sorprendió; pero más los intimidó el co-

¹ Decayó despues la poblacion en térmlnos que á mediados del siguiente siglo solo contaba 150 vecinos. Este núcleo se desarrolló posteriormente, formando la poblacion actual.

nocimiento profundo que manifestaba tener, no solo de los más escondidos y secretos misterios de su religion, sino hasta de los términos escogidos, conocidos de muy pocos, de que hacian uso para encubrir sus idolatrías.

Temiendo que el celoso y ardiente misionero diese por tierra con toda la máquina de sus viejas supersticiones, se reunieron los indios para deliberar, determinando darle la muerte, no con violencia, que esto los expondría á la venganza de los españoles, sino lentamente, sin ruido, por hambre. Rodearon, pues, la choza que lo albergaba, formando un ancho cerco de hombres, una muralla humana, que nadie podia franquear para entrar ni para salir. El religioso, á quien no llegaba un grano de maíz de fuera, cogido en aquella prision de repente sin provision alguna ni medio de procurársela por la imposibilidad de romper el círculo de indios que vigilaban sin cesar, hubiera perecido sin duda, si algunos neófitos, compadecidos, no hubieran encontrado el modo de abastecerlo, arrojando por sobre las bardas algunas tortillas por la noche. Con ellas el sacerdote se sustentó por muchos días, lo que dió lugar á que los indios reflexionasen que aquella muerte lenta y cruel que se proponian causar no los libraba de responsabilidad, y que por lo mismo, con los españoles quedaban sujetos á idénticas consecuencias que si derramasen la sangre del misionero. Le dieron, pues, carta de suelta: entónces Fr. Benito, con más fortaleza y brío, dió vuelo é su predicacion, combatiendo rudamente las idolatrías de sus perseguidores.

10.—Llegó á saber que en lo más alto de las montañas de Achiutla tenian el mayor adoratorio de su ídolo, residencia del sumo pontífice oráculo de toda la nacion: luego se determinó á encaramarse por aquellos riscos, y seguido de muchedumbre de indios, llegó á la cumbre. Allí vió distribuidos en nichos, colocados sobre piedras man-

chadas con sangre, envueltos aún en el incienso de sacrificios recientes, gran número de ídolos de figuras varias. La indignación se apoderó de su ánimo, y sin detenerse por el miedo, comenzó á derribarlos de sus peanas y á hollarlos en presencia de todo el pueblo, al mismo tiempo que los conjuraba, en idioma mixteca para ser entendido, á que se defendieran si pudiesen. "Falsos, les decía, mentirosos y engañosos, salid de esas piedras y maderos inmundos y mostrad vuestras fuerzas contra este solo hombre que os avergüenza;" y arremetía furioso contra ellos.

Temblaban los indios creyendo segura la ruina del mundo con el destrozo de sus divinidades; mas al observar asombrados que nada extraordinario acontecía y que tan mal se defendían ellas de los insultos del fraile, fueron desengañándose, cobraron aliento y trataron de revelar el escondite del ídolo principal. Llamábase éste "Corazon del reino," como ya se ha dicho en otra vez, y recibía culto en el lugar más secreto. Un indio llamado Gonzalo López lo llevó á la presencia de Fr. Benito, envuelto aún, como estaba en su adoratorio, en delicados y ricos paños. Cuando el religioso lo tomó en sus manos no pudo ménos de maravillarse y aún de llorar sorprendido por la hermosura de aquella rara y valiosa joya.

Por entónces el buen sacerdote se limitó á guardar en el bolsillo al dios de los mixtecas, predicando un largo sermón sobre las perfecciones del verdadero Dios; mas un poco despues, no queriendo dejar vestigio alguno de las antiguas idolatrías, pulverizada la preciosa piedra y mezclada con tierra, la esparció por el suelo, hollándola repetidas veces y predicando nuevo sermón sobre el asunto.

No fué esta la única ocasion en que Fr. Benito mostró su valor y su incontrastable celo. Cerca del pueblo de Chalcatongo, y en una montaña muy alta, existía una profunda cueva, obra de la naturaleza, que los mixtecas hicieron el vestíbulo de la eternidad. Como ya se ha referido

ántes, creían estos indios en la inmortalidad del alma y la resurrección de los cuerpos, y juzgaban que aquella cueva era la puerta del paraíso y el paso necesario para llegar á las florestas siempre amenas de la otra vida. Cuando moría, pues, algun cacique, su cadáver era llevado entre ceremonias extrañas y depositado en la cueva, cuya entrada estaba prohibida, bajo pena de muerte, á todos los vivientes, excepto á los sacerdotes, quienes, para mantener al pueblo en sus errores, contaban mil sobrenaturales quimeras de aquel lugar. Fr. Benito, en el curso de sus correrías, tuvo noticia de la misteriosa cueva y resolvió llegar á ella en compañía del pueblo y franquear atrevidamente aquella puerta del cielo.

Los indios, unos temiendo el enojo de sus dioses que habría de caer terrible, segun presumían, sobre el osado fraile; otros, por la prohibición general de entrar, le acompañaron solo hasta la puerta de la cueva, sin atreverse á dar un paso más; pero Fr. Benito, encomendándose á Jesucristo por las asechanzas que pudieran haberle preparado los idólatras sacerdotes, entró resueltamente. Luego, al reconocer el lugar, descubrió una dilatada cuadra escasamente alumbrada por ciertas troneras abiertas en la bóveda. A los lados estaban distribuidos poyos en forma de urnas, y en ellas depositados cuerpos humanos, recientemente amortajados y adornados con piedras de valor. Llegándose más próximamente, reconoció con sorpresa el rostro de algunos caciques é indios principales, aun de pueblos distantes, con quienes habia conversado muchas veces, juzgándolos cristianos excelentes, entre los cuales le fué fácil distinguir á un anciano, rey de Achiutla, de la noble estirpe de Dzahuindanda y padre de los Silvas mixtecas, de quienes se habló ya en otra ocasion. Penetrado entónces el religioso de vivo dolor, por la desgracia de aquellos indios muertos en el seno de la infidelidad ó de la apostasía, prorumpió al principio en lágrimas y exclamacio-

nes que se oían desde afuera, y que por la muchedumbre agrupada á la entrada de la gruta eran tomadas como resultado previsto de la increíble audacia del fraile, como muestra de la venganza de sus dioses. Mas acallando luego el religioso la voz de su pesar para dar cabida en el pecho á la indignacion, acometió con ímpetu á los cuerpos muertos, los arrancó de sus nichos, los arrojó al suelo, los holló, al mismo tiempo que los despojaba de sus vestidos y alhajas. Vió en seguida un segundo salon más interior, penetró en él, descubrió muchos ídolos de madera, de piedra y de oro, de figuras diferentes y pinturas en papel de maguey, de las que usaban los indios como libros; todo lo desgarró y despedazó, haciendo estragos en cuantos objetos llegaban á sus manos.

Cuando los indios juzgaban que habia muerto en extraño castigo, víctima de su desacato é impiedad, fué saliendo el fraile sudoroso y fatigado del combate que sostuvo con los cuerpos muertos, llevando consigo como trofeo de su victoria los fragmentos de los ídolos y los despojos de los cadáveres. Como de costumbre, predicó un sermón ardiente con que no solo convirtió á muchos á la fé, sino lo que es más, logró que los mismos mixtecas formasen una hoguera y quemasen sus ídolos y aun algunos de los cadáveres de sus caciques.

Refiero el hecho sin apreciarlo. Algunos lamentarán la destruccion de las pinturas y otros objetos que hubieran acaso suministrado importantes noticias para conocer la antigüedad; otros no creerán muy sensible la pérdida de los ídolos, pues á trueque de ella el cristianismo se propagó y los mixtecas fueron civilizados. ¿Cuánto hubieran tardado en efecto ántes de adoptar la fé católica, si hubiesen conservado aquellas escrituras que les recordaban su historia y sus pasadas glorias juntamente con sus viejas supersticiones? El único fin que guiaba las acciones del religioso era la conversion de las almas, importándole muy poco en ver-

dad el daño que pudiera recibir la arqueología en el incendio de aquellas ridículas divinidades. Lo que es sorprendente sin duda es la docilidad de los indios, que atizaron ellos mismos la hoguera que reduciría á cenizas los cadáveres de sus antepasados, hecho que demuestra la fuerza irresistible de la palabra de aquel sacerdote, si no prueba la debilidad más estupenda en el carácter de los indios.

11.—Hizo un tercer descubrimiento Fr. Benito, de idéntica naturaleza, por las cercanías de Chichahuaxtla, corriendo un grave riesgo de perder la vida al ser arrastrado por las aguas de un torrente, mas con la fortuna de sorprender á los sacerdotes en el momento de ofrecer sacrificios á divinidades americanas. así como de atraerlos con sus razonamientos á la fé cristiana. Incansable misionero, predicó el Evangelio tambien en Justlahuac y Teomastlahuac, recorrió la mixteca baja y se le debe la conversion al catolicismo de Ometepec, Jamiltepec y Tututepec, cuyos ídolos despedazó segun costumbre. Su carácter dulce, su valor irresistible, su celo incontrastable, su desprendimiento nunca desmentido, le atrajeron los respetos y veneracion de los indios, que lo amaron tiernamente despues de haber intentado darle muerte. Convertidos á millares por su palabra los idólatras, lo vieron como un padre comun, á quien consultaban en sus diferencias domésticas y de cuya autoridad se valian para terminar sus pleitos más obstinados.

En el pueblo de Achiutla, que habia sido el principal teatro de su celo, entregó el espíritu al Creador, el 23 de Agosto de 1550, ¹ á consecuencia de un gravísimo accidente de perlesía. Lo más importante de sus funerales fué la gratitud de los indios, que sinceramente lo lloraron. Fué tanto el dolor de éstos, que se les veía correr desolados por las calles mesándose los cabellos y levantando lastimeros cla-

¹ Histoire generale de l'Amérique, par Tournon. Tom. 5, Troisième partie, Livre second, §. LXXXIX.